

Josefina Vicens: en busca de la cruda palabra

Mauricio Núñez Rodríguez

En el «Decálogo del perfecto cuentista», Horacio Quiroga aconseja: «No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el [sustantivo] que es preciso, él sólo, tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo»¹ y creo que Josefina Vicens² lo halló para el título de sus novelas: *El libro vacío* (1958) y *Los años falsos* (1982). Ambos poseen una estructura sintáctica similar: artículo, sustantivo y adjetivo; y ninguno de sus componentes sobrepasa las tres sílabas. Sin embargo, esta síntesis lograda en el mensaje inicial de la obra, encierra el contenido semántico de cada discurso literario y su indisoluble afinidad con el tema de las narraciones.

Detengámonos, entonces, en *El libro vacío* en cuyo título se establece un contraste enigmático entre el sustantivo y el adjetivo (relación difícil de lograr): libro, es una palabra que remite a una imagen cargada de un contenido trascendente desde el pun-

to de vista estético, humano o quizás, histórico y que, a la vez, sea fuente de sabiduría, conocimiento y de cultura. No obstante, el adjetivo vacío se opone radicalmente a esta significación, pues denota ausencia y en este caso, no existencia de ese mensaje imprescindible a la literatura.

El código expresado en el título de la obra y que el lector comienza a descifrar desde la página inicial, es expresión de la valoración que hace José García (narrador-personaje protagonista) de los apuntes que va creando, pues por más que se lo propone, no logra como resultado un argumento importante, tal vez, organizado a partir de alguna estructura dramática convencional, con personajes contruidos a través de interesantes caracterizaciones y que manifiesten intensas pasiones, defectos o relevantes virtudes. José García -como narrador de su propia historia- piensa que no es capaz de imaginar situaciones inusuales que llamen la atención a los destinatarios o crear

sucesos que trasciendan desde el mismo instante en que los escribe. Pero, en esa cotidianidad reinante en los espacios principales en los que se desarrolla la acción de la novela (la casa y el trabajo de José García), en esos conflictos que expresa de su familia, de los trabajadores de su oficina, en los asuntos que recrea de su vida personal, en esa individualidad que narra y cuestiona -generalmente en primera persona singular- está la originalidad creadora que desea imprimir a su obra.

Este escritor que se debate con el conflicto de la creación estética (conflicto principal en la novela) relata una experiencia vital que va más allá de sus límites como personaje y de su contexto. Es un dilema común a múltiples generaciones de creadores en diferentes espacios y latitudes; y es lo que convierte a la narración en un mensaje humano y estético con variados receptores en todas las épocas.

La necesidad de soledad -expresada por José García- para su dedicación a la creación literaria y, a la vez, su manifiesta preocupación por el distanciamiento que se va originando entre él y su familia, es similar al conflicto del personaje Marcos, protagonista del cuento, «La otra parte», del tercer libro de relatos de Eliseo Diego, *Noticias de la quimera* (1975)³, en el cual, este personaje decide destinar todo su tiempo,

exclusivamente, a la labor literaria, apartado de todos, estableciendo límites imaginarios que nadie podía traspasar; por lo que, el mismo título del cuento resulta un elemento significativo desde el punto de vista estructural y del sentido de la narración. Y, como contraste, el pensamiento nostálgico de Marcos evoca el pasado cuando estaba rodeado de amigos y admiradores. En la actitud de ambos creadores hay algunas afinidades: jerarquización de la creación ante los demás intereses; saturación de imágenes; pero ausencia de compañía; creación estética, pero ausencia de asidero ético exterior; soledad en función del arte.

De ahí que, los vínculos y la comunicación que José García no tiene, le son tan necesarios, que propicia encuentros al azar, en la calle, con individuos que no conoce, con el fin de establecer un nexo humano que rompa con la inercia y la rutina que ha invadido, día a día, su vida. En una ocasión, intenta conversar con una persona que encuentra en un parque (en el capítulo o sección once de la novela) y reflexiona de la siguiente manera: «Sentí que debía abrazarlo y decirle que no sufriera, que no estaba solo, que yo era su amigo; que vivíamos en el mismo planeta, en la misma época, en el mismo parque, en la misma banca, que los seres humanos deben hablarse, sentirse; que todo hombre que

pasa junto a nosotros representa una ocasión de compañía y de calor y que la indiferencia y el desdén de unos a otros es un pecado, el peor de los pecados»(49)4.

Esta motivación de José García recuerda al personaje Tadeo5, del cuento de igual nombre del escritor cubano Virgilio Piñera (Matanzas, 1912- La Habana, 1974). En esta narración el protagonista decide salir a la calle en busca -de alguien que lo cargue y que lo lleve en brazos, aunque sea por unos pocos minutos, pues necesita de este tipo de comunicación y afecto; y, además, defendí la idea de que «los seres humanos podrían darse a la hermosa tarea de cargarse [y abrazarse] los unos a los otros». Es posible que ambos personajes puedan tener razón, y los seres humanos deban abrazarse y llevarse en brazos, los unos a los otros, o mejor, como expresara José Martí: «La tierra entera debía ser un abrazo»6. Pero más allá de estas escenas -en las que se evidencia su esencia humanista-, en ambos casos -y en muchos otros que están recreados en la literatura- se hace un llamado a contrarrestar la incomunicación y el aislamiento que, en ocasiones, se produce socialmente entre los individuos; y se aboga también, por la necesidad de comprensión y consenso entre los seres, de manera que la vida se convierta en una etapa de paz y estabilidad. Esta es una de las

razones que justifica pensar en las profundas raíces humanas implícitas en el libro, no tan vacío, de Josefina Vicens, y por tanto, su eterna contemporaneidad en más de una latitud.

Un rasgo relevante en *El libro vacío* es el sistema de voces narrativas presente a lo largo de las 29 secciones (o capítulos breves) que forma la estructura externa de la novela. Por ejemplo, hay una instancia narrativa -voz principal en toda la obra- que presenta y describe las situaciones dramáticas y los diferentes contextos donde se desarrolla la acción y que está formada por el narrador y la voz de José García como personaje. Pero, hay ocasiones en que las dos voces que forman este binomio, se deslindan y constituyen voces independientes con una marcada funcionalidad expresiva y que, a su vez, le aportan dinamismo al relato. El narrador cuando interviene en el discurso -en segunda persona singular- lo hace para dirigirse a José García: «José García, lee tu cuaderno, borra esas frases absurdas y presuntuosas y sustitúyelas con la única que realmente es posible afirmar: 'No puedo escribir'».(106). En este momento, el narrador precisa al personaje, trata de esclarecer su conflicto desde este punto de vista que se suma al discurso. De ahí que se origine un *suje-neris* circuito de comunicación-recepción donde el emisor, es el narra-

dor y el destinatario, José García-personaje. Por tanto, la información expresada no circula -dentro de la obra- más allá de los dos componentes de la voz principal: el narrador y la protagonista.

En otros momentos y con menor frecuencia, es la voz de José García-deslindado del narrador- quien emite determinados parlamentos: «Soy un artista incomprendido que, venciendo los obstáculos, llega a su cuaderno con ánimo heroico»(131). Las intervenciones del personaje son breves, aparecen siempre en el texto después de dos puntos y expresan agudas y profundas reflexiones sobre su estado de ánimo, sobre su vida y acerca de su dilema principal: la creación artística; y en algunas ocasiones, estas frases pueden considerarse respuestas a las valoraciones emitidas por el narrador sobre él. Los parlamentos de José García-personaje son en primera persona; pero son razonamientos expresados a flujo de conciencia, como si estuviéramos asistiendo al instante mismo en que estos se originan en su pensamiento. La inmediatez que se siente en estas expresiones de José García son diferentes a la naturaleza discursiva de la voz principal en la narración -también en primera persona- pero además, tiene matices individuales distintos a la voz del narrador cuando se dirige a José García. La

siguiente cita es algo extensa; pero aparecen **en ella, una a continuación de la otra**, las tres voces narrativas que aparecen en *El libro vacío*:

(Comienza hablando la voz principal en el relato)

Entonces me hundo en 'mí mismo. Pero yo soy para mí un pequeño sitio visitado anteriormente, conocido, repasado, caminado hasta la última fatiga. No obstante, es allí, es a mí mismo a donde llego siempre y me detengo para hablar.

(A hora el narrador dirigiéndose a José García)

-Deberías haberle preguntado algo, cualquier cosa, a aquel hombre que parecía tan desdichado. Tal vez estaba solo, tal vez, como tú, tenía necesidad de hablar; deberías haberlo hecho todos los días. Piénsalo, sería como viajar. Tú no viajarás nunca, José García. Tú no podrás decir dentro de algunos años: 'eso me recuerda lo que vi una vez en tal lugar'.

Pero sí podrás recordar: `lo que me dijo tal día aquel hombre...' (Estos últimos parlamentos pertenecen a la voz de José García como personaje) (46).

Más adelante, la voz regente en el relato reconoce esta especial e **interrelación que existe entre sus**

dos elementos, cuando expresa: «Yo escribo y yo me leo, únicamente yo, pero al hacerlo me siento desdoblado, acompañado. Cuando incurro en contradicciones soy mi interlocutor y oigo las respuestas que surgen de mi profundidad más íntima, de esa zona de mí mismo de la cual yo no tenía conciencia y que se hace presente cuando es tocada por una declaración o por un propósito míos que esa parte de mí rechaza o no puede cumplir»(118). En otra ocasión, la voz principal en la narración se preocupa por la idea de quién será el protagonista de la novela que insiste en escribir José García. Es decir, se establece un juego de voces que hace más dinámico y complejo el conflicto, además de aportarle verosimilitud.

La presencia de tres voces distintas en el relato de la posibilidad de introducir distintas perspectivas de un mismo conflicto con el objetivo de incorporar nuevas aristas al dilema del creador. Tres voces narrativas, y de la superposición de ellas, nace el portavoz del autor. Ninguna, de forma independiente, es privativa del autor real, sino que el mensaje artístico se logra a partir de la confluencia de las diferentes reflexiones cruzadas sobre muchos de los problemas que hace hombre al hombre y creador al creador: crear/no crear, creación/familia; creación/insatis-

facción y creación/universalidad, trascendencia. Josefina Vicens en *El libro vacío* sitúa la discusión estética desde diferentes ángulos, que -en última instancia- es una misma visión, la de la propia autora. Este es uno de los logros más significativos de *El libro vacío*.

Otra arista a destacar en el discurso de *El libro vacío* es la rapidez del tiempo narrativo, lo cual está determinado por varios factores, entre ellos: la estructura externa de la novela, la jerarquía de la primera persona en el relato y la objetividad de la voz narrativa principal.

La estructura externa de la novela está fragmentada en secciones -generalmente breves- que van aportando nuevas motivaciones dramáticas que, a su vez, incentivan el dinamismo del relato -a pesar de estar casi ausente los diálogos. También, son determinantes en la velocidad de la acción, por una parte, el predominio de la primera persona en el relato, ya que los acontecimientos se desarrollan en el tiempo psicológico del personaje, durante el cual, le es posible recordar escenas de diferentes etapas de su vida (desde la niñez hasta el momento de la narración en que tiene 56 años) como si estuvieran ocurriendo en ese instante y que constituyen elementos para introducirnos, esencialmente, en el mundo

interno de José García y conocer, desde el inicio, cómo la evolución de su carácter lo convierte en un ser solitario e introvertido. Y, por otra parte, la objetividad de la voz narrativa principal, que se manifiesta en la economía de recursos descriptivos empleados en la presentación de ambientes y situaciones dramáticas y también, en el cuidadoso e inteligente uso de la adjetivación.

Los acontecimientos se relatan y analizan de manera directa, evitando las digresiones en el desarrollo de la acción, pues se tiene en cuenta la esencia misma de cada uno de los asuntos que se recrean sin deteni-mientos innecesarios en detalles que no aportan elementos básicos a la progresión de la acción.

Además, las descripciones en *El libro vacío* -a veces imperceptibles- se caracterizan por su brevedad, sencillez y precisión, por lo que la progresión dramática fluye sin obstáculos presentativos. A pesar de esto, logran encerrar la imagen que se propone dibujar la voz principal y captar el ambiente específico de cada ocasión. Por ejemplo, para referirse a la rutina diaria del trabajo en la oficina de José García, la autora elige palabras claves y las adjetiva con acierto:

A las dos de la tarde, agobiados por el

encierro y el calor, todos tenemos una expresión de fatiga [...] esencialmente física [...]. Hay como un odio al cuerpo por tener que alimentarlo y vestirlo; [...] lo diré con la cruda palabra exacta- hay un deseo violento de que [el cuerpo] reviente de una vez»(42)

Y, precisamente, buscar «la cruda palabra exacta», es un rasgo esencial de la poética implícita de Josefina Vicens en *El libro vacío* para definir de forma aguda y certera los estados de ánimo de su protagonista y su complejo mundo psicológico y, de la misma manera, presentar y describir el marco situacional en cada escena.

Y en la búsqueda de «la cruda palabra exacta», Josefina Vicens logró hallar los términos capaces de expresar con brevedad y agudeza el conflicto de José García, de forma tal que constituyeran -además del título- la primera motivación y el enigma inicial que -con sólo tres lexe-mas- atrapa al lector cuando halla *El libro vacío*.

Retomo, entonces, el consejo de Horacio Quiroga: «No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas [el sustantivo] que es

preciso, él sólo, tendrá un color lo» y creo que Josefina Vicens lo ha-
incomparable. Pero hay que hallar- lló.



NOTAS

- 1 Horacio Quiroga. «*Cuentos*». Selección y prólogo de Emir Rodríguez Monegal. Biblioteca Ayacucho, No. 88, Caracas, **Venezuela**, 1981, p. 307, Editorial Arte.
- 2 Josefina Vicens: Nació en la ciudad de Villahermosa en el estado mexicano de Tabasco en el año 1911 y murió en la Ciudad de México en 1988. Escribió crónicas taurinas y numerosos guiones cinematográficos. Sus dos novelas: *El libro vacío* (1958) y *Los años falsos* (1982) son obras capitales en la Literatura mexicana contemporánea.
- 3 Eliseo Diego. «La otra parte» en *Noticias de la quimera*. En *Prosas escogidas*. Selección y prólogo de Aramís Quintero.

	Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, Cuba, 1983, p. 202.		zo, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, p. 83.
4	Todas las páginas que aparecen entre paréntesis a lo largo del trabajo corresponden a la siguiente edición: <i>El libro vacío, Los años falsos</i> de Josefina Vicens en Textos de Humanidades, Coedición entre	6	José Martí. «Juan Carlos Gómez». En <i>Obras completas</i> , T 8, Nuestra América, Editorial Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1976, p. 106.
	la UNAM y el Instituto de Cultura de Tabasco, México, 1987.	7	<i>Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria</i> . Angelo Marchese y Joaquín Forradellas. Editorial Ariel, S.A., Barcelona, España, 1986, p. 421.
5	Virgilio Piñera. «Tadeo». En <i>Un fogona-</i>		